

UNA NOVELA DE LA SERIE *SPLINTERED*

THE  
MOTIF  
IN THE  
MIRROR

LIBROS  
DEL Cielo

A. G. HOWARD

*Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.*

*Es una traducción de fans para fans.*

*Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro. También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.*

*¡Disfruta la lectura!*



# Staff

## *Moderadora:*

Melii

## *Traductoras:*

Aimetz

Niki

Moni

Gaz

Florbarbero

## *Correctoras:*

gabihhbelieber

NnancyC

Sofí Fullbuster

Melii

Aimetz

3

---

## *Lectura final:*

Melii

## *Diseño:*

Yessy



# Índice

## *Sinopsis*

### *Las Manipulaciones de la Polilla*

*Recuerdo Uno: Kriptonita*

*Recuerdo Dos: Matanza*

*Recuerdo Tres: Capturado*

5

*La Resolución de Polilla*

*Sobre la autora*

# Sinopsis

Una historia corta de la serie Splintered contada desde los puntos de vista de Jeb y Morfeo. Morfeo quiere saber más sobre su rival amoroso de Alyssa, así que entra en los recuerdos de Jeb en el País de las Maravillas. Pero puede sorprenderse con lo que va a encontrar.

**Splintered #1.5**

## 1

*Las Manipulaciones de la Polilla**Traducido por Aimetz**Corregido por gabihhbelieber*

—¿Estás seguro de esto, Morfeo?

—Lo estoy —respondió Morfeo, quitándose los guantes y metiéndolos en su chaqueta—. Sin embargo, tú parece necesitar convencerte. —La magia hormigueaba en la punta de sus dedos, una palpitante luz azul justo debajo de la piel. Debido al puente de hierro en el exterior, sus poderes estaban limitados a unos pocos trucos benignos. Pero serían suficientes para ilustrar su punto si fuera necesario.

El escarabajo de alfombra, quien se alzaba hasta la altura de la clavícula de Morfeo después de que este hubiera consumido una poción encogedora, tragó saliva detrás de sus muchos chasquidos de mandíbula. Su piel se estremeció. —No, no. Por favor, malinterpretas mis dudas. —Los brazos semejantes a ramitas del pequeño insecto temblaban mientras hojeaba en su portapapeles el recuento alfabético de todos los recuerdos que se habían perdido en el País de las Maravillas—. Se ve como una forma aburrida de pasar una tarde, es todo... espiondo en los momentos olvidados de un humano.

Morfeo se movió, y sus alas proyectaron una sombra sobre la cara del escarabajo. —Ah, pero este humano en particular tiene mucho que enseñarme.

Este humano en particular había logrado atrapar algo que Morfeo deseaba por encima de todo lo demás en el mundo.

—Toma asiento —el escarabajo señaló hacia una silla de vinil blanco—, y prepararé los recuerdos para ti.

Morfeo bajó sus alas a un costado, se sentó y dio una calada al narguile proporcionado por su anfitrión como una cortesía. El dulce y confitado tabaco le quemó la tráquea. Sopló bocanadas de humo, moldeándolas con la cara de Alyssa. Era fácil imaginar la forma en que sus ojos se ponían de un azul hielo cuando ella lo veía, llenos tanto de miedo



como de emoción. Adoraba eso de ella: el borde afilado de su instinto de habitante del Inframundo, advirtiéndole que no confiara en él, suavizado por las emociones humanas forjadas durante su infancia compartida.

Antes de ella, había vivido su vida en soledad, sin necesitar a alguien. No tenía la menor idea de qué hechizo había lanzado sobre él. Ella estaba más allá de la frustración, siempre comprometiendo su devoción hacia el lado equivocado. Pero su encanto era innegable. Sobre todo cuando lo desafiaba o lo miraba con indignación. Eso trajo la más deliciosa mueca a los labios femeninos.

Morfeo dejó a un lado el narguile, aunque el ardor en su pecho no tenía nada que ver con el humo. Alyssa era la única que podía apagar el fuego allí, porque era ella quien primero había avivado esas llamas.

Habían pasado cinco años juntos —amigos de la infancia—, hasta que su madre la alejó de él, ensangrentada y herida, y él se había preocupado con remordimiento y culpa a distancia debido a un voto imprudente que había hecho de mantenerse alejado.

El estar privado de su amiga le dio su primera muestra de soledad. A pesar de todos los años que había pasado en un capullo antes de conocerla, atrapado y claustrofóbico... incluso eso no lo había preparado para la desolación de su ausencia.

Entonces, por fin, había vuelto a él, reviviendo todos los viejos sentimientos que creía haber dominado. Esa vez, también, fue de corta duración. Ella lo había dejado una vez más, por su propia elección. El dolor y la soledad resultante eran insoportables. Debilitantes.

Ella solo se había marchado del País de las Maravillas hacía seis meses, y él no entendía este enfermo vacío por dentro que sólo podía ser llenado por su tacto, su olor, su voz. Las hadas solitarias no tenían ningún uso para semejantes tonterías. Ellas no requerían ninguna compañía, aborrecían el equipaje emocional. El afecto y la lealtad pertenecían a la selva del País de las Maravillas y a nadie ni nada más.

Entonces, ¿qué le había hecho ella para cambiar eso?

En los últimos tiempos, cada vez que veía su reflejo, ya no reconocía a la polilla en el espejo. Estaba incompleto, roto, y despreciaba eso.

Despreciado aún más porque ella lo había hecho trabajar muy duro para cortejarla, mientras le daba su afecto libremente a un mortal sin valor.

Morfeo reprimió un gruñido. No podía darle sentido a la suerte de Jebediah, ¿cómo un ser humano podía ejercer tal poder sobre una reina de los habitantes del Inframundo? ¿Cómo un simple muchacho podría aprovechar un mestizo corazón real tan multifacético, un espíritu propenso al caos y a la locura? Jebediah estaba arruinando a Alyssa,



encadenándola con el aburrimiento y las trivialidades del reino humano.

Ella debe ser liberada.

Morfeo había considerado matar a su rival, pero Alyssa nunca lo perdonaría. No. Había llegado el momento para medidas creativas.

Si Morfeo sabía lo qué Jebediah había estado pensando durante su viaje a través del País de las Maravillas —todos esos momentos en los que el chico había estado en su mayoría aterrado, en su mayoría desalentado— conocería sus fortalezas y debilidades, *íntimamente*. Vería cómo se venía abajo Jebediah, enfrentándose contra él.

Esas debilidades le derrotarían mejor de lo que Morfeo podía. Luego, cuando hubiera destruido la fe de Alyssa en su mortal caballero, Morfeo estaría allí para consolarla y conquistarla.

Él volvería a oír su risa como cuando eran niños, una vez más sería el destinatario de su deslumbrante sonrisa.

Una vez más estaría completa.

—Por aquí, por favor. —El escarabajo le hizo señas a Morfeo para que lo siguiera.

Morfeo se quitó el sombrero y se pasó una mano por el cabello. Cuando el insecto abrió la puerta a un compartimento de recuerdos sin ventanas, el olor de las almendras emanaba de un plato de galletas recién horneadas sobre una mesa lateral. Un diván color crema estaba clavado contra una pared, y una lámpara de pie de bronce adornado iluminaba el espacio con un suave resplandor.

La atención de Morfeo se bloqueó en el pequeño escenario a través del compartimento. Su corazón latía con anticipación, un ritmo profundo y constante. Las cortinas de terciopelo rojo esperaban para abrirse en cualquier momento, para reproducir las memorias de Jebediah sobre una pantalla plateada.

—Ya que vas a andar por la cabeza del chico para visitar sus recuerdos perdidos —dijo el escarabajo—, por política estoy obligado a advertirte... Las emociones humanas pueden ser una cosa muy poderosa. Pueden hacerte ver las cosas bajo una luz totalmente diferente.

—Estoy contando con eso. —Morfeo Sonrió—. ¿Has oído el dicho acerca de los amigos y enemigos?

El escarabajo se rascó su piel peluda. —Um... ¿mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca?

Morfeo se acomodó en el sillón acolchado, alisando su pantalón de raya diplomática mientras cruzaba los tobillos. —Incluso mejor, dar un paseo en los zapatos de tu enemigo. Es la mejor manera de controlar sus pasos. O borrarlos por completo, si se presenta la oportunidad.

El escarabajo, temblando de nuevo, apretó un botón en la pared con un brazo largo y delgado. Las cortinas del escenario se abrieron, revelando una pantalla de cine.

—Imagina la cara del chico en tu mente mientras miras a la pantalla vacía, y experimentarás su pasado como si fuera hoy.

Su perorata era ensayada —mecánica, incluso—, pero el pulso de Morfeo se aceleró. Esperó a que el escarabajo apagara la lámpara. Tan pronto como el insecto salió de la habitación y cerró la puerta, el cuerpo de Morfeo se hizo pedazos, flotando en la oscuridad, como si estuviera hecho de motas de polvo. Todas las piezas se reagruparon en la pantalla en vividos y cinematográficos colores, hasta que estuvo en la cabeza de Jebediah Holt, usando su cuerpo, sintiendo sus emociones.

En ese momento, Morfeo se entregó a la experiencia, viendo las cosas como un humano por primera vez en su vida.

## 2

*Recuerdo Uno: Kriptonita**Traducido por Niki**Corregido por NnancyC*

Jeb se despertó en una cama oscilante.

Estaba desnudo. ¿Por qué estaba desnudo?

Antes de que pudiera registrar bien ese hecho, treinta o más espíritus de la naturaleza del tamaño de una polilla se lanzaron sobre él, acariciándolo y susurrando sobre cada parte de su cuerpo. Trató de mover los brazos y las piernas. Las alas de los espíritus —zumbando a la velocidad de alas de los colibríes— liberaron partículas como pelusas de diente de león que de alguna manera lo inmovilizaron. Las semillas desprendieron una fragancia a canela y vainilla que inundó su consciencia hasta que la habitación se hizo borrosa.

Cuando la bruma se levantó, se encontraba en casa, en su cama. La noche se filtraba por la ventana y Taelor se hallaba a horcajadas sobre él, medio vestida. Unos dedos con manicura francesa bajaron por el vello de su pecho y por su abdomen hasta la cintura de sus vaqueros.

Esto no podía ser correcto. Él y Taelor habían tenido una pelea antes del baile, habían terminado.

Gentilmente la volcó debajo de él y se apoyó en los codos, quitándole el cabello de la cara. Pero los ojos de Taelor no se encontraron con los suyos. Lo hicieron los ojos azul hielo de Alyssa, mirándolo de una manera soñadora e inocente. Sus dedos se volvieron gordos y torpes sobre las sienes de ella.

¿Al estaba en su cama?

No. Esto no podía suceder. Alyssa ni siquiera había besado a un chico. Y Jeb nunca había sido el primero de ninguna chica, en nada.

Al era intocable para él. Ella había experimentado suficiente turbulencia en su vida. Y él no era exactamente la representación de la estabilidad.



Alejando las manos de un tirón, se puso de rodillas.

—¿Jeb, no me deseas? —preguntó Al, frotando una palma sobre su pecho.

No pudo responder. Le dolían los dedos y se sentían apretados, como si estuvieran creciendo. Los sostuvo en alto a la luz de la luna, viendo con horror cómo se caían uno a uno y se transformaban en orugas. Luego las orugas se arrastraron hacia Alyssa, y él no podía hacer nada para detenerlas. Cayó en la cama sobre su espalda, con las manos encima de la cara, viendo con incredulidad los sangrientos muñones en carne viva que una vez habían sido sus dedos.

Gritando, Alyssa trató de salirse como pudo del colchón, pero las orugas la atraparon, trepando sobre su piel y tejiendo redes hasta que sólo quedaba su forma retorciéndose dentro de un capullo.

—¡Déjenla ir! —gritó Jeb. Una luz destelló en frente de sus ojos, y después ya no seguía en la cama de su habitación. Estaba en algún lugar de la mansión de Morfeo, y los espíritus de la naturaleza se agitaban sobre su piel, hipnotizándolo... usando alguna clase de feromonas alucinógenas.

*Me están manteniendo cautivo para que Morfeo pueda estar a solas con Al.* En el instante en que esa realidad lo golpeó, el hechizo se rompió.

Jeb cayó del colchón oscilante y se alejó de la neblina seductora de sus captores. Sujetando una almohada, se cubrió a sí mismo. —¡Denme algo para vestirme!

12

Los espíritus de la naturaleza flotaron en medio del aire, sus ojos de libélula observándolo.

Había varias canastas doradas colocadas en el suelo a sus pies. Jeb pateó una. Sus pequeños captores se abalanzaron por la habitación en una histeria masiva.

Gossamer, el preciado espíritu de la naturaleza de Morfeo, le indicó a cinco de ellos que recogieran las fresas derramadas. Contaron las frutas una por una y las ubicaron de regreso en el contenedor.

Jeb pateó otra canasta, llena con cuentas que contenían aceite perfumado. Cinco espíritus más se dejaron caer al suelo para limpiar, parando para contar cada una antes de guardarlas.

Pronto, había volcado todas las canastas. Algunas llenas de pétalos, otras de loción, otras con uvas. Al tirarlas, logró preocupar a la mayoría de sus captores. Sólo Gossamer y otros dos seguían revoloteando sobre su cabeza.

—Denme algo para vestir —repitió—, o comenzaré a destrozar las almohadas de plumas. No hay suficientes de ustedes para limpiar ese desastre.

—No está respondiendo a nuestro encanto —le murmuró uno de los espíritus a Gossamer, sus ojos cobrizos de insecto giraron en dirección a Jeb.

—O a nuestra magia —agregó la otra con una mueca—. Conjuré a una chica de sus recuerdos, pero su subconsciente se abrió paso.

—Sí, este es definitivamente un reto —concordó Gossamer con una voz que sonó como campanadas. Después de enviar a otros dos espíritus a recoger los contenidos de las últimas canastas, le ofreció a Jeb una bata de seda.

Se dio la vuelta y se puso la bata para cubrirse; asimilando su entorno.

Morfeo lo había puesto en una prisión opulenta. La habitación era redonda con pisos de mármol negro que reflejaban la luz anaranjada de las velas. Ya estaba íntimamente familiarizado con el punto focal: un colchón circular que se balanceaba unido al centro del techo abovedado por cadenas de oro. Piel y cojines amortiguaban la cama, perfumada con pétalos de rosa.

A pesar de todas las comodidades, a este cuarto le faltaba algo muy importante. Una salida. No había puertas ni ventanas, o cualquier otro tipo de abertura a la vista.

Paredes convexas —pintadas de un color lavanda oscuro— tenían vides extendiéndose alrededor de su circunferencia, serpenteando dentro y fuera de la escayola y entrelazando candelabros encendidos. Las frutas brotaban de la vides. En intervalos aleatorios, las uvas reventarían espontáneamente y derramarían su jugo en vasijas de piedra acomodadas junto a las paredes para atraparlo. Desde allí, el rico líquido púrpura se drenaba hacia unas fuentes, una constante provisión de vino de hadas con un dulce olor.

Vagamente recordó probar el vino cuando llegó por primera vez. Sospechando de ello, había tratado de resistirse, pero había tenido tanta sed. No había modo de saber qué clase de magia contenía el líquido.

Gruñó y se frotó la cara. ¿Cuánto tiempo había estado ebrio y hechizado? Se había vuelto inútil para Alyssa, justo como lo hubiera hecho su viejo.

—¿Dónde está? —preguntó, ignorando el arpa que se tocaba sola, la cual alzó su volumen, tratando de amortiguar su voz—. Dime lo que Morfeo le está haciendo.

Gossamer, minúscula, brillante, y confiada, se sentó sobre una almohada de satín. Palmeó el colchón junto a ella y entrelazó sus tobillos verdes. —Quizá no te das cuenta de lo que nosotros, los espíritus de la naturaleza, somos capaces de hacer. Hemos tenido siglos de práctica.

Podemos mostrarte gozo con el que solo has soñado.

Jeb la examinó de pies a cabeza, luego se ajustó el cinturón de satín en su cintura. —Lo siento. No sueño en verde.

Encontró la mochila de Alyssa bajo la cama y la arrastró hacia afuera. Antes había notado algo cuando había estado hurgando en ella: un brazalete forjado de hierro que ella probablemente había metido ahí en la escuela, y que había olvidado. Él había hecho una buena parte de investigación sobre hadas cuando empezó a pintarlas por primera vez, y sabía que no les gustaba el hierro, si es que el mito era cierto.

Estampó la mochila contra el colchón. Las sábanas de piel se agitaron como una gran ola y sacaron a Gossamer de la almohada. Poniendo en marcha sus alas, aterrizó suavemente en el hombro de Jeb.

—Si es Alyssa la que inspira tu pasión, podemos satisfacer esa fantasía. —Gossamer aplaudió. Los otros espíritus de la naturaleza dejaron sus puestos de limpieza y formaron un círculo alrededor de Jeb. Un espasmo enfermizo se anudó en sus entrañas mientras cada uno de los espíritus tomaba la forma de Alyssa; completas réplicas en miniatura con cabello platinado y sexys atuendos glamorosos. Liberaron sus semillas de feromonas de nuevo, cegándolo con la dulce esencia del néctar de Alyssa.

Agitando una almohada, hizo añicos la ilusión y dispersó las semillas. Los espíritus chillaron y se escondieron tras las vides en las paredes, sus cuerpos brillaban como filamentos de luces centellantes.

---

14

Gossamer voló sobre las cabezas de los demás, frunciendo el ceño. —¡Suficiente! Repórtenle al amo que el mortal es fiel a la chica. No lo podemos seducir para que regrese a su mundo sin ella.

Jeb maldijo mientras los espíritus se escabullían a través de unos hoyos del tamaño de guisantes en la pared, donde las enredaderas de vid se movían dentro y fuera. Si tan sólo él también pudiera caber a través de esas salidas diminutas. Pensó ligeramente en usar la bebida para encogerse oculta en la mochila que él y Alyssa habían encontrado cuando llegaron al País de las Maravillas, pero eso lo volvería tan pequeño como sus actuales captores, y estaría indefenso ante Morfeo. El desamparo quemó en sus entrañas, tan profundo como lo que solía sentir de pequeño, escondiéndose en el armario hasta que los episodios de su padre pasaban.

Apretó los dientes. Tenía que haber una puerta escondida en algún lugar detrás de las vides. Lo habían llevado ahí dentro, tenía que haber una forma de escapar.

Dio un salto, corriendo hacia la pared más cercana, y arrancó algunas de las enredaderas, lanzándolas a cualquier parte. El pequeño chillido de sorpresa de Gossamer no lo desconcertó.

Las uvas reventaban en sus manos, liberando su esencia pegajosa y



potente. Las plantas filamentosas cortaron sus dedos como cables. Abrazó el dolor. Esto era algo que podía controlar, a diferencia del tormento de su viejo enterrando cigarrillos encendidos en su piel, o los puños moliendo su cara y sus entrañas. El olor a nicotina, el sabor de la sangre. Imaginado o no, alimentaban el salvajismo en su alma.

Se sumió en un túnel rojo de ira y destrozó el cuarto. Cuando por fin volvió en sí y se acostó en la cama, se sorprendió por el desastre que había causado.

Sin aliento y sudando, atendió los cortes sangrantes en las curvaturas de sus dedos y buscó a Gossamer entre los escombros. ¿La había lastimado? En ese caso, tal vez en verdad era el hijo de su padre. Jeb apretó las manos, asqueado consigo mismo.

—¿Gossamer? —Se estremeció por el sonido de su voz, tosca y cruda con emoción.

Un suave aleteo se movió sobre una de las cadenas que suspendían la cama del techo. Exhaló, aliviado de ver al espíritu. Aunque parecía estúpido preocuparse, ya que iba a tratar de usar el brazalete de hierro de Alyssa contra ella.

Gossamer se sentó en el suelo, junto a las enredaderas desgarradas y los cestos que él había volcado de nuevo. Sus hombros se encogieron en derrota. Probablemente no sabía por dónde empezar a contar las cosas derramadas.

Jeb comenzó a rebuscar en la mochila. El arpa había dejado de tocar, y el silencio se mofaba de él como las manecillas de un reloj haciendo tic tac. Cada segundo que pasaba lejos de Alyssa la dejaba más vulnerable ante Morfeo.

El metal frío por fin encontró sus dedos. Le lanzó el brazalete de hierro a Gossamer a unos centímetros de distancia, esperando asustarla sin lastimarla. Ella gritó y se movió con rapidez por los aires. —Por favor... aleja eso.

—No hasta que obtenga algunas respuestas. —Jeb pellizcó una de sus alas entre su pulgar y su dedo índice. La cargó hasta la cama y la acomodó en una almohada, manteniendo el brazalete lo suficiente cerca para intimidarla—. Sólo coopera, y no te lastimaré.

—Ya duele —gruñó, su piel verdosa se tiñó de turquesa—. No debo usar mi magia... —Se abofeteó—. Me hará... horrible. *Impotente*. —Su voz se suavizó como si estuviera convenciéndose—. *Impotente* hasta que la amenaza de dolor y contaminación se hayan ido. —Rechinó sus dientes.

Jeb frunció el ceño. —Así que, ¿el hierro hace que tus poderes se vuelvan en tu contra? El arma perfecta para usar en contra de tu jefe.

—Una pieza tan pequeña... sólo funcionará con los más pequeños de

nuestra clase.

Jeb se agachó, sosteniendo la pulsera de hierro cerca de ella. —Bien, entonces considera esto como un detector de mentiras. Cada vez que sienta que estás ocultando algo, el hierro se acercará. ¿Dónde está Al, y que le está haciendo tu horripilante jefe?

El color del espíritu cambió a un azul intenso. Rodó sobre la almohada, sus alas esforzándose para aletear. Tiró de ellas sobre sus hombros y a lo largo de su pecho, como si fueran a restringir su magia.

—Tu Alyssa esta cómoda y cuidada. Morfeo la está vigilando mientras duerme...

Jeb gruñó. La noche anterior, *él* la *había* observado dormir en el bote. La había hecho girar para estar cara a cara, para que le pudiera hacer una promesa, incluso si ella permanecía demasiado somnolienta como para escuchar. Le había prometido cuidarla, llevarla a casa a salvo. No iba a romper su palabra ahora. Tenía que pelear contra el impulso de destrozar todo una vez más.

—¿Cómo salgo de aquí?

—Sólo Morfeo tiene los medios para abrir la entrada.

Jeb se inclinó, su nariz casi tocando el rostro de Gossamer mientras sostenía el brazalete encima de su cabeza como un muérdago corrosivo.

—¿Me estás diciendo que estoy atascado aquí hasta que esa cucaracha decida dejarme salir? ¿Va a hacer que Al se enfrente sola al País de las Maravillas?

Ella gimoteó, poniéndose una mano sobre la frente. —No. Ya que has probado ser tan leal, te permitirá acompañarla en su travesía. Asistirás a su banquete y seguirás el plan.

—¿Banquete?

—La presentación de Alyssa. Morfeo desea ponerla en exhibición para los otros.

—¿Qué otros?

Gossamer se desplomó en un montón púrpura, deslizándose de su posición. Arrastró algo fuera de la funda de la almohada, un boceto de Al que Jeb no recordaba haber hecho. Poco a poco, Gossamer se acomodó sobre sus rodillas y estudió las líneas.

—Hiciste esto mientras te teníamos bajo nuestro hechizo. Tienes poder en tu corazón de artista, una luz que puede atravesar cualquier oscuridad. Has capturado el verdadero yo de Alyssa a la perfección.

—Ese bosquejo es pura fantasía —gruñó Jeb. Dejó la pulsera sobre el papel junto a Gossamer.

Ella rodó hasta el medio del dibujo, tratando de escapar del metal.

—Hay más verdad en este retrato de Alyssa que en cualquier cosa que me puedas forzar a decir.

Jeb tiró del dibujo, rodando a Gossamer y al brazalete de hierro sobre las pieles. Estiró el boceto sobre un cojín y trazó las líneas en carboncillo. Esta representación era como todos los otros dibujos de hadas que había hecho de Al durante años, pero no podía ser más diferente de la chica que él conocía.

La había dibujado con su cabello recogido. Nunca lo usaba de esa manera. Un vestido negro de tirantes finos favorecía sus curvas. Ni muerta la atraparían en semejante vestimenta convencional. La única cosa que lucía como ella eran los mitones de cuero negro que cubrían las cicatrices de sus palmas.

Aparte de eso, el dibujo era una completa invención. Al estaba sentada sobre la banca de un parque. Sostenía una rosa. El rímel y las lágrimas se derramaban en agraciadas curvas por su cara. Pensándolo bien, era similar a la forma en la que su maquillaje había lucido la última vez que la vio.

Todavía no podía averiguar por qué, después de casi ahogarse en un océano de lágrimas, su rímel no había desaparecido. Mirando de soslayo, estudió el conjunto de alas traslúcidas extendidas detrás de ella. Las delgadas membranas brillaban en un solo rayo de luz solar que cortaba a través de las nubes. Las alas lo inquietaban, a pesar de que no sabía por qué.

Quizá porque le recordaban a las alas de Morfeo, aunque de un color completamente diferente. Las sienes de Jeb dolían mucho. Nada podía ser peor que estar a solas con ese hombre insecto. Ese fenómeno tenía una cosa por ella, se había metido en su cabeza cuando era pequeña. El subconsciente podía ser muy poderoso, y si Morfeo todavía tenía acceso a los sueños de Al...

—¿Cómo puedo vencerlo? —preguntó Jeb a través del nudo en su garganta.

Los ojos abultados de Gossamer se encontraron con los de él. Se veía muy débil para gatear lejos de la pulsera, la cual ahora se presionaba en su muslo. —No será derrotado. Ha esperado años por este día.

Jeb hizo una mueca. —Bien, así que es *Superman*. Pero todos tienen su kriptonita. Algo que temen.

—Confinamiento —soltó Gossamer, oscureciéndose del color de un moretón ante su confesión.

—¿A qué te refieres?

Gossamer se presionó la palma de la mano sobre la frente.



—Por favor... la estás sosteniendo demasiado cerca... el hierro... está absorbiendo mi energía.

Jeb cayó sobre el colchón y apartó el brazalete del espíritu. Balanceándolo entre sus dedos, estudió el hierro ante la luz de las velas. Le recordaba a su arete de hierro y a la primera vez que Al lo había visto, su entusiasmada reacción. Ella le había rogado tocarlo, haciéndole una pregunta después de otra sobre el proceso de hacerse una perforación. Su entusiasmo e inocencia. Sus inseguridades. Morfeo no dudaría en usar cualquiera de estos o todos para manipularla.

Jeb tenía que convencer a Al de dejar el País de las Maravillas, olvidar esta misión de romper la maldición de su familia a toda costa. Algo oscuro la esperaba a la vuelta de esquina, como en su sueño. Él lo podía sentir avvicinándose.

—Así que, quieren que repare los errores originales de Alice, ¿cierto? ¿Qué si *yo* los reparo en su lugar? —Jeb trató de razonar—. Mandan a Al a casa y me dejan encargarme de las cosas.

—Imposible —respondió Gossamer con un suspiro entrecortado, su color verde claro comenzaba a regresar. Trepando por el boceto, pasó sus diminutas palmas por la rosa—. Ella ya ha pasado las pruebas y probó ser la indicada.

—¿Pruebas? ¿Te refieres a encontrar la madriguera del conejo hacia el País de las Maravillas y secar el océano de lágrimas?

18

Asintió.

—Pero ayudé con eso.

—Él la esperaba a ella, no a ti.

Jeb sostuvo el brazalete de hierro sobre ella una última vez.

—¿Qué es lo que en verdad quiere de ella?

Antes de que Gossamer pudiera contestar, el techo abovedado empezó a temblar. Pedazos de yeso se cayeron en trozos gruesos y blancos. Jeb mantuvo una almohada sobre la cabeza y una de sus palmas sobre Gossamer para protegerla de los escombros que caían. El techo se despedazó en las uniones, sacudiendo la cama y tirando de las cadenas en diferentes direcciones, por lo que el colchón se alzó un par de metros.

Después de que los temblores cesaran, Jeb alzó la mirada. La silueta oscura de Morfeo apareció en la mellada abertura sobre sus cabezas. La sutileza era lo último en la lista de prioridades de este tipo.

—¿Alguna vez te han dicho que eres una reina del drama? —gruñó Jeb.

Morfeo descendió para apreciar el desastroso cuarto. —¿Alguna vez te han dicho que eres un huésped deplorable?

La gran entrada de su captor era parcialmente responsable por el desastre, pero Jeb se mordió la lengua, incapaz de arriesgar su oportunidad de ver a Al.

Morfeo retrocedió. —Alyssa te espera en el salón de los espejos. Y, por todos los cielos, báñate y afeitarte. Vas a ser presentado a nuestros invitados como un Caballero Élfico, así que tienes que aparentar ser uno. Gossamer te dará consejos sobre el comportamiento apropiado. —Morfeo le arrojó algo de ropa y unas botas. Estas golpearon el suelo con un ruido fuerte—. Aquí está tu uniforme. —Hizo una pausa y gesticuló hacia las cadenas—. Qué mal que no tengas alas o magia del Inframundo. Tendrás que trepar para salir. Y te puedo asegurar que no será un camino fácil.

Los músculos de Jeb se tensaron mientras Morfeo se desvanecía ante él; sabía que la advertencia se refería a mucho más que su salida de esa habitación.

## 3

*Recuerdo Dos: Matanza**Traducido por Moni**Corregido por Sofí Fullbuster*

Jeb se secó el sudor de la frente. Morfeo había tenido razón sobre lo difícil que sería trepar fuera de su prisión dorada. Pero eso no era nada comparado con la caminata a través del País de las Maravillas que Alyssa y él habían hecho desde entonces. Todo el día había sido un loco reto tras otro, con el peligro y la muerte al doblar cada esquina. Y ahora había perdido a Al. Se separaron justo antes de cumplir con la prueba final. Ella se encontraba enfrentándose sola al cementerio de las Hermanas Twid, y él se hallaba atascado allí, en el fondo de un abismo.

La noche cayó al instante en que tocó tierra, una transición tan rápida, que era como si alguien hubiera encendido una luz.

Los pliegues en sus músculos se apretaron. Odiaba la idea de Al estando sola en este retorcido mundo después del anochecer. Por otra parte, ella probó que era lo suficientemente fuerte para enfrentar casi cualquier cosa. Fue ella quien terminó *salvándolo*, en más de un sentido...

Pensó en cómo lucía, flotando por encima de él, brillante y salvaje, agitándose con la gracia de una libélula. Ver sus alas extenderse fue tan aterrador como milagroso al mismo tiempo. No podía respirar mientras miraba la transformación.

Si fuera honesto, aún no había recuperado el aliento desde el momento en que lo bajó al abismo y él gritó: —*¡Eres mi salvación!*— antes de que saliera disparada por lo alto en el cielo. No debió haber puesto tanta presión sobre ella para salvarlo. Tenía que hacer lo que pudiera para salir por sí mismo, encontrarla a mitad del camino. De otra manera, ella nunca se perdonaría si algo saliera mal.

El cadáver de un ave Jubjub había interrumpido su caída. Se limpió la sustancia pegajosa de entre sus dedos en los pantalones, girando la nariz hacia los restos del ejército que estuvo persiguiéndolos, y tropezó dentro del abismo. Se levantó en la oscuridad. Sus botas hacían sonidos cuando caminaba. Nunca fue escrupuloso; no tenía ninguna aversión a la



sangre, tanto a la suya como la de cualquiera; una desensibilización gradual se reforzaba cada vez que se miraba al espejo para encontrar sus mejillas y ojos hinchados, gordos y sangrientos como carne cruda.

Pero sin una mota de luz para pasar, la matanza a sus pies se sentía más viva que muerta. Su imaginación sacaba archivos sobre todo, desde películas de zombis hasta demonios y fantasmas. La náusea quemaba su estómago. Tomó consuelo en que solo el viento silbaba a través del abismo. No podía escuchar ninguna cadena fantasmal o gemidos de los no-muertos.

Además, el tiempo era el enemigo real aquí, más peligroso que cualquier cosa que pudiera imaginar. Al aún tenía que completar la tarea final en el cementerio. Y luego tenían que encontrarse de nuevo.

Se obligó a sí mismo a ir a ciegas hacia delante, hasta que sus palmas rozaron las paredes del abismo. Antes de haber caído hasta el fondo había visto de reojo la mochila de Al enganchada en una roca a metro y medio en dirección norte. Si la pudiera encontrar, tendría una linterna. Sus manos rasparon la superficie crujiente de la piedra, y levantó los pies sobre los obstáculos, tocando con los dedos los cadáveres, para determinar qué tanto debía estirarse a cada paso.

Frotando los arañazos de sus codos, estudió el cielo. Un puñado tímido de estrellas luchaba contra las nubes y se abrían paso a la luz tenue de su entorno, permitiéndole continuar alrededor del ejército muerto de la reina. Una brisa húmeda giró polvo como pequeños tornados. Iba a llover. Y en este lugar, era posible que llovieran, literalmente, perros y gatos, de la variedad que siseaba y ladraba.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con la inminente tormenta se arrastró por su alma y ensombreció cualquier humor que podría haber encontrado en el pensamiento. ¿Qué pasaba con todas las “pruebas” de Morfeo? Cada vez que Al completaba una con éxito, su forma de habitante del Inframundo se volvía más prominente. ¿El objetivo la alteraría completamente, y así no podría volver al reino humano?

Unos mechones de cabello le cayeron en la cara, y los apartó.

Morfeo le había dicho que todo lo que siempre había querido era traer de vuelta a Alyssa a su lugar adecuado. Su *hogar*. Jeb había esperado que eso significara de vuelta a su mundo, al reino humano. Pero, ¿y si Al no tenía una maldición sobre ella?

Recordaba, de sus investigación de cuentos de hadas, que existían unas criaturas llamadas Cambiados, la descendencia de hadas secretamente dejadas en lugar de los bebés humanos robados. ¿Había sido la tátara-tátara-tátara-abuela de Al, Alice Liddell, una Cambiada? Tal vez así fue como encontró el hoyo del conejo cuando era niña, por instinto. Eso significaría que este *era* el hogar de Al, de una manera retorcida.

Jeb se sacudió las especulaciones. Ellas sólo generaban más preguntas.

Había alcanzado la mochila. Abriéndola, buscó la linterna y la encendió.

Mientras cerraba la mochila, llenó el paisaje con franjas de luz. Los guardias parecían andrajosas cartas arrugadas. Juguetes desechados. Incluso las aves Jubjub reventadas podrían pasar por juguetes de niños con el relleno retirado.

Con la mochila en la espalda, Jeb caminó la circunferencia del abismo sin encontrar ninguna abertura. Rocas desplazadas llenaban cualquier posible pasaje que podría haber intentando tomar. Bien podría haber caído en un tubo gigante. No había otra salida más que ir hacia arriba.

Apuntó la luz hacia la percha de césped a unos veinte pisos de altura, el claro donde Alyssa había aterrizado. Estaba determinado a encontrarla antes que Morfeo, incluso si tenía que escalar las rocas que sobresalían en la oscuridad sin una cuerda de seguridad.

Apenas había encajado la linterna en su boca y ladeado su pie sobre un peñasco para impulsarse hacia arriba cuando una familiar voz británica resonó.

—Manos a la obra hombres. Necesitamos un recuento exacto antes de que las Hermanas Twid envíen a su brigada de duendes para recoger a los muertos.

*Morfeo.*

Jeb dio un paso hacia abajo y casi chocó con un habitante del Inframundo que había aparecido de la nada, como si hubiera abierto una entrada en el aire y se hubiese deslizado a través de ella. Entre veinte y treinta caballeros élficos se presentaron detrás de él, sosteniendo linternas y usando el mismo uniforme que Jeb, aunque mucho menos desgastado y sucio. Caminaron a un lado sin darle a Jeb un segundo vistazo, demasiado concentrados en el conteo de los muertos.

—Bueno, hola, pseudo caballero. —Sonrió Morfeo.

Cada parte de Jeb moría de ganas de arrancarle la sonrisa arrogante y destrozarse su cara. Pero lo superaban en número. Si quería salir de este pozo y encontrar a Al tendría que hacerlo bien.

—Odio decirlo, pero es bueno verte, Sr. Cambia-mucho<sup>1</sup>. —Jeb guardó la linterna—. Tomaste la ruta del espejo, ya veo.

—El espejo es la única manera de viajar. —Morfeo alzó su farol y examinó las ropas arruinadas de Jeb—. Para variar, es mucho más amable con el vestuario. Y te dejaré saber otro secreto. Al mantener mis alas en

<sup>1</sup>Juego de palabras por el nombre de Morfeo (Morphs-a-lot).

ese otro plano —señaló con su pulgar hacia su espalda, donde la mitad de sus apéndices no eran visibles—, la apertura se mantiene accesible para nuestro viaje de regreso.

Jeb forzó una sonrisa. —Es bueno saberlo. —*Perfecto, de hecho*. Podía volver con esta tropa de hadas, luego tomar el expreso del salón de los espejos para encontrar a Al. Aunque primero tendría que distraer a Morfeo, hacerle bajar su guardia—. Y bien, ¿es ese un nuevo sombrero?

Morfeo prácticamente brilló. —Que amable de ti el notarlo. Es mi Sombrero de Insurrección. Nunca he tenido ocasión de usarlo hasta hoy. —Movié varias de las polillas rojas que formaban la guirnalda en el ala del sombrero, se inclinó hacia delante y tomó la oreja de Jeb para murmurarle un secreto—. Sus alas rojas representan el derramamiento de sangre —susurró.

—Uh-huh. —Jeb apretó su mandíbula ante el desagradable y cálido aliento a lo largo del lóbulo de su oreja. Miró a los caballeros, perceptibles sólo por sus faroles flotando en la oscuridad detrás de él—. Entonces, estás planeando una revuelta con el ejército de la Reina Ivory.

Morfeo apretó el hombro de Jeb. —Siempre supe que eras más inteligente que un mortal común.

Los músculos de Jeb se contrajeron ante el contacto. —Lo cual significa que sólo enviaste a Al en una búsqueda inútil para tu propia diversión. —*Ten cuidado*. No podía permitir que su desconfianza se mostrara. No aún. En vez de eso, se inclinó hacia abajo para ajustar los cordones de sus botas y tomar una respiración profunda antes de enderezarse.

Morfeo apretó su corbata carmesí. —Cada tarea que le he pedido a Alyssa ha tenido un propósito. —Caminó hacia un lado mientras alguien nuevo se deslizaba por el portal del espejo, un esqueleto enano con cuernos y ojos brillantes de color rosa, embutido en un chaleco rojo.

—¿Rabid White? —susurró Jeb con incredulidad. Nada de esto tenía sentido. Rabid era de la Corte Roja. ¿Por qué se encontraba aquí?

—¿Cuál es el reporte? —Morfeo se agachó a la misma altura de Rabid, manteniendo las puntas de sus alas en el portal del espejo invisible.

El pequeño habitante del Inframundo amasó sus manos enguantadas y miró a Jeb, su calva cabeza reflejando el brillo suave del farol de Morfeo. —Uno de nosotros, ¿eres?

Morfeo sonrió y respondió por Jeb. —Por supuesto que sí. Ayudó a nuestra Alyssa a conquistar al gran ejército rojo malvado, ¿no es así?

Rascándose el cuerno izquierdo, Rabid asintió. —El Rey Grenadine, neutralizado está. Tanto las puertas delanteras como las traseras, el castillo custodiado por regimientos de tres y siete. Flanqueando a la reina,



un círculo de cinco. Y no hay que descartar a la corona y su guardián.

—Ah, sí. El bandersnatch. Bueno, una vez que Alyssa me traiga su premio del cementerio de las hermanas Twid, no tendré nada más que temer de esa bestia miserable. Lo ha hecho muy bien, Sir White. —Morfeo inclinó su sombrero.

Rabid chasqueó sus tobillos cadavéricos e hizo una reverencia, luego le dio una penetrante mirada rosa final antes de saltar a través del portal.

—Es tu espía —murmuró Jeb, sintiéndose como un idiota por no adivinarlo antes.

—Sí.

—Entonces, todas esas veces que el pequeño tonto amenazó a Al, la asustó, ¿era para mantener la apariencia de lealtad hacia la Reina Grenadine?

—Los mejores espías son los que juegan en ambos lados con el mismo vigor.

Jeb estudió los faroles balanceándose en la distancia. El chirrido de las manijas de metal y las botas arrastrándose eclipsaban el gemido suave del viento. —De acuerdo. Ya que estamos mostrando las cartas...

El resoplido de Morfeo lo interrumpió. —Qué maravilloso juego de palabras, considerando donde estamos. —Su farol señaló a todos los cuerpos de la guardia de la baraja.

Jeb ignoró la broma morbosa. —Iba a preguntarte por qué Rabid se volvió en contra de la Corte Roja.

—Él era el leal consejero de la Reina Roja durante la visita de Alice. Quiere ver al verdadero heredero al trono casi tanto como yo.

—Verdadero heredero. —Jeb levantó una nube de polvo con la bota, su pecho apretado—. Entonces todo esto ha sido para destronar a Grenadine y hacer espacio a una nueva reina.

—Sí. —El farol acristaló la cara de Morfeo en una expresión de indulgencia soñadora—. Y estamos tan cerca. Pronto estará en su trono, donde siempre ha pertenecido. El lugar que le corresponde.

*El lugar que le corresponde.* Una hipótesis se formó en la mente de Jeb, indignante e incomprensible, aunque, de alguna manera, la respuesta obvia a todas las preguntas anteriores arremolinándose en su mente. Cada pregunta excepto una...

—Pero primero —dijo Morfeo con un desdeñoso barrido de su mano—, tenemos que estar seguros de qué es a lo que nos enfrentaremos antes de atacar el castillo. Tú y Alyssa se las arreglaron para acabar con una buena parte de la oposición con sus malabarismos. Nosotros estamos aquí para evaluar si los números coinciden con los que Rabid reportó. Debemos

asegurarnos de que Grenadine no tiene ninguna carta oculta bajo la manga. —Golpeó a Jeb en la espalda—. ¿Viste lo que hice? ¿“Carta bajo la manga”? —Se rió.

Jeb no sonrió.

—Oh, vamos. Ella tiene cartas como guardias. Es un juego de palabras, como el que hiciste antes, pero mucho más inteligente.

—Seh, seh, lo entendí. —Jeb frunció el ceño.

La sonrisa de Morfeo se desvaneció. —No eres una compañía divertida.

—¿Es que nunca tomas nada en serio? —dijo Jeb entre dientes—. Al está en peligro ahí afuera.

—Tonterías. ¡Ella es gloriosamente capaz! ¿No la viste volando antes? ¡Por supuesto que sí! Estabas colgando al final de su cadena. —Morfeo balanceó su farol sobre su cabeza en un movimiento de celebración—. ¿No era una visión, convirtiéndose en ella misma? Justo como una princesa de hadas. —Le dio una mirada tímida a Jeb—. ¿No te parece?

*Hada princesa.* Ahí estaba, de la propia boca de Morfeo, burlándose de Jeb por no darse cuenta desde el principio. Jeb apretó las manos en las correas de la mochila para evitar estampar su puño en la laringe de Morfeo.

Morfeo bajó su farol y luego sacó unos guantes de plata de su solapa. —No te sientas menospreciado, caballero mortal. Tu contribución no pasó desapercibida. Y yo siempre pago mis deudas. Así que voy a sacarte de este barranco de la muerte para demostrarte mi gratitud.

—Puedes agradecerme dejándome ayudar a Al —dijo Jeb, con las cuerdas vocales apretadas—. Terminará su tarea mucho más rápido conmigo a su lado. —Si pudiera llegar hasta ella, tal vez podrían esconderse juntos de Morfeo en el cementerio de las hermanas Twid hasta que descubrieran una forma de salir de allí.

—Lo siento —dijo Morfeo, poniéndose los guantes mientras le hacía un gesto a los Caballeros Élficos—. Ella necesita hacer esto por su cuenta. La verás pronto; estaremos todos reunidos. Una gran familia feliz.

—¡No! —El control de Jeb se desató. Se abalanzó, pero los elfos fueron muy rápidos y se lo impidieron, los dedos lastimaban sus codos heridos—. Sólo déjala salir del País de las Maravillas, hijo de insecto...

Morfeo presionó un dedo en la boca de Jeb. —Ah, ah, ah. Ya usaste esa.

Jeb inclinó la cabeza hacia atrás, dejando el dedo del habitante del Inframundo colgando en el aire.

Las joyas en los bordes de los tatuajes de Morfeo se oscurecieron

como el color de la sangre seca a la luz del farol. —Vamos, vamos. ¿Es esa la manera de tratar a tu salvador? —Hizo un puchero—. Además, ¿cómo puedo dejar a Alyssa ir si no la *tengo*? Lo último que escuché fue que estaba entrando al jardín de las almas. Pero una vez que termine allí, me encontrará. Tiene un rol muy importante que todavía tiene que jugar.

—Claro. Porque *ella es* la heredera al trono. —Jeb escuchó, incrédulo, sus propias palabras resonando como si se deslizaran de la boca de alguien más—. No sé cómo, pero es ella.

—¡Oh! —Morfeo aplaudió—. ¿Ven lo que les dije, hermanos caballeros? —Mirando por encima de los hombros de Jeb a los elfos, Morfeo palmeó su pecho sobre la corbata roja, como si estuviera abrumado por la emoción—. Más inteligente que el mortal común. Qué mal que todavía tenga las limitaciones físicas de uno.

—No importa —gruñó Jeb—. Ella está fuera de tu alcance. —Tironeó contra los elfos, pero había demasiados sosteniéndolo—. Debe estar dentro del cementerio ahora, y no puedes obligarla a hacer nada. Lo dijiste tú mismo: las Twid no te dejaron entrar.

—Es cierto. Pero ella encontrará el camino hacia el castillo por su cuenta. Al momento en que se dé cuenta de que tengo cautivo a la única cosa que ella atesora por encima de todo el mundo, vendrá arrastrándose hacia mí, alas a cuestas. —Morfeo alzó la mano en algún tipo de señal.

Los Caballeros Élficos soltaron a Jeb. Giró sobre sus talones y les lanzó la mochila, dispersando al grupo como si fueran bolos. Lanzando su puño, golpeó la frente de Morfeo y lo desequilibró. Uno de los caballeros se levantó para mantener la apertura del espejo. Antes de que Jeb pudiera catapultarse tras él y saltar a través, crepitaciones azules de relámpagos se engancharon de su piel y ropa como electricidad estática. Lo arrastraron, controlándolo como una marioneta, hasta que estuvo de frente a Morfeo una vez más. Los relámpagos venían de los dedos del habitante del Inframundo.

Morfeo se acercó. Jeb trató de dar un paso atrás, pero sus músculos se congelaron, paralizados.

—Duerme —dijo Morfeo simplemente, y puso una palma azul brillante sobre la cabeza de Jeb. Un pulso de luz se extendió sobre Jeb. Probó algo dulce, como miel y leche, luego olió la esencia de lavanda. Sus dedos se agarraron del tejido sedoso de la camisa de Morfeo, Jeb luchó por mantenerse despierto. Pero la luz era demasiado reconfortante... demasiado suave... demasiado cálida. En contra de su voluntad, sus párpados se volvieron pesados y cayó al suelo, profundamente dormido.



## 4

*Recuerdo Tres: Capturado**Traducido por Gaz W. Finley**Corregido por Melii*

El cráneo de Jeb palpitaba, y la sangre le caía desde el nacimiento del pelo a los ojos.

Alejó la rigidez para centrarse en sus alrededores. Morfeo le había traído al Castillo Rojo después de poner el hechizo para dormir en él. Lo arrojaron dentro de una jaula de pájaros, en el calabozo. Jeb deseó no haber bebido el líquido cuando se despertó, pero el hombre bicho le había dado un ultimátum.

Al principio, él había amenazado con matar a Al. Pero Jeb lo había llamado un farol, a sabiendas de que ella era indispensable. Entonces Morfeo había sacado otra gran arma, amenazando con volver completamente loca a la frágil madre de Al. Eso sí lo haría.

Al había luchado tan duro para salvar a su madre. A ella la mataría perderse por su locura. Así que Jeb no dudó en ponerse la botella en los labios.

Su cuerpo se tambaleó, pero no era de las secuelas de la poción. La plataforma por debajo de él se balanceaba por sus intentos de abrirse camino a cabezazos por entre las barras, un movimiento desesperado que no le había dado nada más que la herida en el nacimiento del pelo. Un pedazo de la magia de Morfeo —un hilo azul eléctrico— mantenía la jaula de alambre inamoviblemente cerrada.

—Bueno, lo hizo bien, ¿no? —entonó una voz femenina en un regaño—. Morfeo decide quien tiene el poder de liberar su magia. Obviamente, no eres el elegido.

Jeb hizo una mueca a su compañera de cautiverio. Ella era una lory, un habitante del Inframundo semejante a un periquito, normalmente del tamaño de un ser humano. Dado que ambos habían sido capturados, lo único que la distinguía de las aves en su mundo eran las túnicas de raso crema y rojo sobre sus alas, cuerpo y patas de ave, y su rostro humanoide

estaba lleno de plumas carmesí como si se tratara de una máscara. Un pico que era más como un cuerno de rinoceronte se clavaba donde una nariz debería haber estado, y sus labios se agitaban furiosamente.

Lo peor de todo: su voz podría derribar la Torre de Pisa con una sílaba. Cada vez que hablaba, era como si alguien hubiera implantado quirúrgicamente altavoces en los oídos de Jeb y lo dejaba “más sordo que una estatua de piedra”. Ella era una de las muchas razones por las que había estado tratando tanto salir de esa prisión para aves.

El parpadeo de la luz de las velas en la pared exterior de la jaula iluminó su ceño y puso el resto de la mazmorra en la sombra.

—Escucha, *Lorina* —dijo Jeb después de que su voz dejó de hacer eco—. No estaríamos aquí si no fuera por tu marido. —Señaló a la criatura roncando debajo de la caja, que era de tan extraño aspecto como su esposa, con el cuerpo de un dodo, la cabeza de un hombre y las manos que sobresalían en la punta de las alas rechonchas—. *Él* dejó a Alice Liddell en una jaula como esta hace un montón de años. Es su culpa que mi novia tenga todo lo necesario para destronar a su reina. ¿Se te ha ocurrido pensar que esto es lo que ustedes dos se merecían?

—¡Charlie no hizo tal cosa! —chilló el lory, revoloteando en el aire en la jaula—. ¿Se te ha ocurrido pensar que Morfeo es un mentiroso con cara?

*Sólo cada minuto de cada hora.* Jeb se apoyó en los barrotes. Sus rodillas cedieron, debilitadas por sus esfuerzos con las duras barras. Bajó al suelo metálico, poniendo una rebanada de pera a su lado como si fuera un pequeño sofá. La jaula era una fortaleza inexpugnable en su estado en miniatura. Pero eso no importaba. Las barras podrían haber sido hechas de espagueti crudo, y él todavía no sería capaz de ayudar a Al. Incluso si se escapaba, en ese tamaño no podía ayudar a nadie.

Charlie, el marido dodo de Lorina, no era de mucha ayuda. Estaba atado con esposas de hierro y grilletes, echándose una siesta contra la pared. Aunque la jaula colgaba en una percha a unos centímetros por encima de la cabeza del dodo, no había nada que Charlie pudiera hacer al respecto.

Morfeo debió haber tratado el hombre pájaro gigante con el mismo hechizo de sueño que había lanzado sobre Jeb anteriormente, aunque Charlie estaba empezando a salir de él.

Lorina se instaló en la percha en el centro de la jaula, balanceándose sobre la cabeza de Jeb como un acróbata en el trapecio. Su cara ardió abrasadoramente como sus plumas, lo que provocó que la pica y el corazón rojo estarcidos en sus mejillas se desvanecieran en comparación. —Ya que vamos a ser exiliados en esta instalación con olor fétido —gritó—, tendrás mucho tiempo para escuchar la verdad.

Jeb se frotó la cabeza para aliviar el terrible dolor. —Si pudieras bajar la voz alrededor de dos decibelios, te lo agradecería.

—¿Bajar la voz?

—Augh. —Jeb se acunó el rostro entre las manos.

El trapecio en miniatura chirriaba con cada oscilación, añadiendo contaminación acústica. —Para tu información, mi reina adora el sonido de mi voz. Me felicita, de hecho.

Los ronquidos del dodo se detuvieron y chasqueó los labios. —Eso sería porque tapa sus oídos con cera de abejas.

—Gordo mentiroso —espetó Lorina, oscilando tan rápido que Jeb pensó que podría marearse.

—Llevo cadenas de hierro —dijo Charlie con un bostezo—. No tengo la fuerza para mentir. —Luego se dejó caer de nuevo en un sueño.

Eso pareció callar Lorina, al menos temporalmente.

Jeb aprovechó el silencio para pensar. Morfeo ya debía haberle dicho a Al sobre su verdadero linaje, sobre lo que se esperaba de ella. Ella debería estar tan sorprendida... tan aterrorizada. Jeb ansiaba abrazarla, hasta tal punto que sintió su pecho como si un yunque se hubiera asentado sobre él.

Ese monstruo polilla debía haberle dicho la verdad desde el principio. Ella nunca habría elegido quedarse. Pero Morfeo lo había sabido, por lo que la había engañado con la excusa de que podía curar una maldición sobre su linaje. Jeb quería arrancar las alas negras de Morfeo y metérselas en la garganta por engañarla, porque no había cura para la familia, como él sabía muy bien.

—Fue Roja quien puso a Alice en una jaula. —Lorina estaba en marcha de nuevo—. No Charlie.

—Pero tu marido eligió mantenerla enjaulada —intervino Jeb en contra de su mejor juicio. Se tapó los oídos para la retumbante respuesta, pero Lorina sólo suspiró.

—No. Charlie trató de hacer lo correcto por la niña —dijo, mucho más suave ahora—. Él planeaba enviar a Alice de nuevo al reino de los humanos a espaldas de Roja, pero la reina se enteró y los arrastró a una cueva en los acantilados más altos de las tierras salvajes del País de las Maravillas sin que ninguno de nosotros lo supiera. Ella dejó a Charlie con su víctima, para que pudiera promulgar su plan maestro, sabiendo que Alice sería atendida por un cautivo que nunca podría escapar. Porque, por supuesto, los dodos no pueden volar. Ella me robó a mi marido durante años. Él era un prisionero, al igual que la mortal.

—Lo que te ayude a dormir por la noche, pajarraco.



Una ráfaga de alas de polvo perfumado y satén se dejó caer y lo atacó. —¡Muestra respeto y escucha!

Jeb levantó las manos en defensa propia. —Muy bien. Agh. Voy a escuchar.

No era como si hubiera algo más que pudiera hacer. Morfeo le había dicho que tan pronto como Alyssa fuera coronada reina, podría abrir el portal al reino humano. Si Jeb lo creía o no, no podía hacer otra cosa que tener esperanza. No tenía ningún poder aquí. Ese conocimiento roía sus entrañas con cada minuto que pasaba.

Frente a Jeb, en lo alto de una montaña de exuberante tela, el lory miró a través de los barrotes y se quejó a su esposo dormido: —Viejo sin valor. Déjame hacer toda tu defensa. No sé por qué me he casado contigo.

El dodo resopló y murmuró adormilado: —Porque casarse con el bufón de la corte era la única manera en que podrías tener un puesto en la Corte Roja, oh Querida Endecha. —Se reanudaron los ronquidos.

—Mira lo bien que resultó —gruñó ella, sus labios con forma de corazón se frunció bajo la curva de su pico—. El huesudo conejo Rabid y su pequeño corazón negro de piedra. —Se arregló las plumas en la parte posterior del cuello y metió una red de lentejuelas a su alrededor.

Jeb se inclinó para recuperar el dedal de agua que su captor había dejado al lado de la rebanada de pera. Era del tamaño de una taza grande de café. Se la entregó a su compañera de celda, que lo tomó con sus alas y bebió un poco.

—Dime algo, Lori. Si lo que dices es cierto... —Leyendo la actitud defensiva en su cara aguileña reformuló su pregunta para salvar sus oídos—: Puesto que has elegido compartir tu versión de la historia, tal vez podrías decirme qué papel jugó *Morfeo* en el cautiverio de Alice.

Ella se quitó las gotas de agua de sus labios. —Él no jugó ningún papel en absoluto. Quería mucho a Alice y habría hecho cualquier cosa por verla en su casa sana y salva. Pero al mismo tiempo en que ofreció su consejo como oruga, advirtiéndole que evitara a la Reina Roja a toda costa, su metamorfosis se apoderó de él. Cuando salió, totalmente transformado, y se enteró de lo que había pasado con Alice, estaba furioso.

—¿Estás tratando de decirme que en realidad tiene consciencia?

—En lo que concernía a Alice. —El lory ajustó el manto regio que se deslizaba por su falta de hombros—. Morfeo usó todos sus recursos como un duende solitario, y finalmente la encontró con mi marido escondida en las cuevas de los acantilados más altos del País de las maravillas. Por desgracia, ya era demasiado tarde para Alice. —Lorina devolvió el dedal a Jeb, medio lleno ahora.

Jeb se enderezó, haciendo que la jaula se moviera. —Entonces, ¿por

qué quiere ayudar a la reina Roja a poner a otra reina en el trono, cuando debería odiarla por poner a Alice en una jaula durante todos estos años?

—Tal vez está enojado porque Grenadine no trató de encontrar a Alice una vez que la niña fue capturada. Pero Grenadine perdió su cinta de la memoria y se olvidó de la niña.

—Un buen gobernante habría tenido más de una cinta para recordarla, se hubiera asegurado de que todos y todo estuviera en su lugar.

—¡Mi reina es una buena gobernante!

Jeb se estremeció ante el rugido ensordecedor.

Los ronquidos del dodo se detuvieron. —Mi esposa vociferante dice la verdad, muchacho. Morfeo parece estar guardando rencor por lo que percibe como negligencia, incluso si se trataba simplemente de un descuido.

Jeb negó con la cabeza ante los agujeros en el razonamiento de todos. —No. Hay mucho más que eso.

—*Tienes buenos instintos, caballero mortal.*

Jeb se animó ante la voz. Una luz resplandeciente flotó a través de la pequeña ventana de la pesada puerta de madera de la mazmorra. Jeb se puso de pie y agarró las barras, inclinando la cabeza para ver mejor.

*Gossamer.*

El pequeño espíritu revoloteó y le susurró algo al hilo azul mágico fijo alrededor de la puerta de alambre, entrando en la jaula. El hilo se ató en un nudo de nuevo después de que ella puso el pestillo otra vez. Ella brillaba como la mecha encendida de una vela romana mientras flotaba en el lugar, estudiando a Jeb con una expresión comprensiva.

El ser del mismo tamaño le trajo a la mente una pintura que Jeb vio una vez, hecha por un artista checo llamado Viktor Olivia. Él era famoso por su representación de un hada que seducía a los hombres a emborracharse con absenta. Gossamer encarnaba a esa criatura: la forma perfecta de una mujer, cubierta de polvo verde, desnuda, y con relucientes escamas que la cubrían como si fueran un bikini.

Él había sentido, cuando abandonó la sala de los espejos, que ella estaba de su parte.

—Viniste a ayudar —dijo, esperanzado.

Una de las llaves de cobre, del mismo color que sus ojos y casi toda la longitud de su torso, se balanceaba en su cuello. Su mirada cayó sobre sus delicados pies, como si estuviera luchando consigo misma.

—Habría estado aquí antes, pero Morfeo siempre está mirando en el

espejo. Ahora que está con Alyssa, preparándola para su coronación, estará demasiado ocupado para mantener un ojo en el resto de nosotros... hasta el final.

—¿El final? —Jeb se apoderó de la barra junto a ella, mirando intensamente a sus ojos de libélula—. Tienes que contármelo todo.

El espíritu miró a Lorina, que había estado avanzando lentamente hacia la puerta de alambre. —Bien sabes que no tienes el poder para salir de esta jaula a menos que lo abra para ti.

Jadeando, el lory revoloteó hasta el trapecio de nuevo.

Gossamer llevó a Jeb a la rebanada de pera y ambos se sentaron. El aroma afrutado subyugaba el hedor de la mazmorra, y lo calmó lo suficiente como para escucharla. Curvó sus manos sobre las de Jeb, apoyadas sobre sus rodillas apretadas. —Ya he traicionado a mi amo lo suficiente por estar aquí, y su ira será grande. Todo lo que puedo decir es que, dentro de una hora, Alyssa se verá obligada para siempre... atada al País de las Maravillas por toda la eternidad. Morfeo ha planeado todo el tiempo enviarte de vuelta, caballero mortal... pero sin ella.

Una vena en la sien de Jeb empezó a retorcerse como una serpiente en un plato caliente. Se levantó de un salto y golpeó la cabeza contra los barrotes de nuevo, tratando de soltar el hilo azul, incapaz de controlar la furia impotente hirviendo a través de él. Más sangre goteaba de su cabeza.

—¡Tienes que sacarme! ¡Tengo que parar esto!

—¡Sí, sí! ¡A nosotros también! —intervinieron el dodo y su esposa—. ¡Debemos ayudar a la reina Grenadine a mantener su corona!

—Por supuesto —dijo Gossamer, agarrando la mano de Jeb para arrastrarlo de nuevo a su lado—. A todos ustedes se les dará la oportunidad de luchar por sus lealtades.

—Pero no puedo pelear así. —Jeb pateó una semilla de pera del tamaño de su pie—. ¿Has traído un pastel de aumento?

—No. No es la fuerza de tu cuerpo lo que salvará a Alyssa, sino la fuerza de tu corazón de artista. Aunque puedo asegurarte que no vas a dejar este lugar en tu forma actual.

El lory se dejó caer desde su posición y frunció el ceño ante el espíritu de la naturaleza. —Ahora, escúchame, tú pequeña lepisma. Este chico no tiene un papel que desempeñar. Él es secundario, en el mejor de los casos. Soy esclava de la reina, y Charlie es el bufón de la corte. *Nosotros* debemos ser tu prioridad. Somos miembros de honor de la corte real, ¡los únicos que pueden poner fin a esta farsa!

Acelerando sus alas hasta una bruma, Gossamer flotó y se colocó las manos en las caderas. —Por *tu* parte, Lorina, puedes soltar las cadenas de tu marido, ya que tengo que hablar con el mortal a solas y tengo poca



tolerancia al hierro. —Abrió la puerta de la jaula y le dio la llave.

El lory pasó revoloteando en una ráfaga de extravagancia y temperamento enfermo.

—Vamos, vamos, Salvaje Dulzura —animó Charlie a su esposa mientras ella revoloteaba a su alrededor, saltando, incapaz de mantener la altitud—. Date prisa, ¿quieres? El hierro pica. ¡Oh, de veras! No es tan difícil... ¡Vuelve a intentarlo!

El rostro de Lorina se puso aún más rojo. —¡Trata de usar una llave del mismo tamaño que tu cabeza con una punta de ala, tû, gran idiota! Algunos de nosotros no fuimos bendecidos con dedos, ¿sabes?

Mientras que la pareja estaba preocupada, Gossamer se sentó junto a Jeb de nuevo.

—Dijiste que mi corazón de artista puede salvar a Alyssa —susurró él—. En la habitación en la mansión de Morfeo también... dijiste que tengo el poder dentro del corazón, que mi luz de artista puede perforar cualquier oscuridad. Mi novia está a punto de morir por mí y por su familia. No hay nada más oscuro que eso. —Lágrimas de frustración chamuscaron las esquinas de sus ojos.

—¿Morirías por ella, caballero mortal?

La columna vertebral de Jeb se puso rígida. En el pasado, cada vez que había protegido Alyssa, solo saltaba sin pensarlo. *¿Moriría por ella?*

Cuando su padre murió en un accidente, Alyssa lo salvó. No podía creer que alguna vez hubiera considerado vivir en Londres sin ella. La necesitaba, todos los días. Su comprensiva sonrisa, la forma en que hacía que sus cicatrices se sintieran como medallas de guerra bajo su toque, y sus ojos increíbles. A pesar de que había visto mucha decepción en su vida, había una luz en su interior que nunca se atenuaba. Y no sólo era bella por fuera, sino que esa misma luz le permitía dar vida a los increíbles mosaicos que hacía.

Era esa luz —tanto interior como exterior— lo que le había impulsado a dibujar y pintar una y otra vez.

Miró a Gossamer, casi sin poder contener sus emociones ahora que les había dado una salida. —Ella es mi mejor amiga. —*Mi musa, mi pincel, mi arte, mi corazón. Todo eso está muerto sin ella*—. La amo. —Frotándose la cara, quitó la humedad que se había deslizado de sus ojos a lo largo de sus mejillas—. Sí, moriría por ella. ¿Eso es lo que tengo que hacer?

El espíritu de la naturaleza le devolvió la mirada sin pestañear.

—¿Estás dispuesto a ir más allá de la muerte? ¿A estar perdido para todos, incluso para ti mismo, en un lugar donde los recuerdos de vierten en una oscura marea de tinta? Porque, con el fin de liberar a Alyssa, tendrás que tomar el lugar de la Reina Ivory en la caja Jabberlock donde

está atrapada.

Jeb imaginó la oscuridad del agua en la caja que había visto en el salón de los espejos en la mansión de Morfeo —con la cabeza fantasmal en su interior—, y su corazón se tambaleó. El instinto de conservación lo pateó, su mente corriendo a buscar otro camino. Pero en lo más profundo sabía que no había alternativa, y el tiempo se agotaba para Al. Lo único que lamentaba era que no iba a llegar a decirle cómo se sentía una sola vez con su propia voz antes de ser encerrado para siempre. —Lo haré.

—Y así será. —Gossamer se puso de pie y le tendió los brazos. Débil y entumecido, Jeb entró en su abrazo. Ella lo aferró con fuerza y lo sacó volando de la jaula, aterrizando en el suelo—. El mortal ha aceptado ser el héroe de tu reino —disparó las palabras hacia Lorina—. Honra su valentía.

Lorina había logrado desencadenar a su marido. Se sentó sobre su hombro, abanicándose con un ala. Con los ojos abiertos, asintió en silencio, el galardón más sentido que podría haber ofrecido. El dodo se arrodilló junto a Jeb, una enorme presencia emplumada. —Estaremos siempre en deuda, muchacho. ¿Qué podemos hacer para ayudar?

Gossamer señaló una esquina de la mazmorra, donde una manta de arpillera cubría una cuna, colgando hasta el suelo. —Tráeme lo que hay debajo de la cama.

Jeb miró, entumecido por una mezcla de incredulidad y temor, mientras el dodo destapaba la caja Jabberlock.

Lorina quedó boquiabierta. —¿Morfeo tenía escondida a la Reina Ivory aquí abajo?

Gossamer asintió. —Por sugerencia de Rabid. Dijo que este era el único lugar del castillo donde nadie la buscaría.

Después de pedir a Charlie que abriera la tapa y les arreglara una piedra para colocarla y poder ver el interior, Gossamer llevó a la extraña pareja a un rincón alejado de la mazmorra.

Jeb acariciaba las rosas de terciopelo blanco congregadas a lo largo del exterior de la caja, hipnotizado por el hermoso rostro de Ivory, que se balanceaba en la superficie. Su encantada mirada cristalizada iba entre él y Gossamer, y viceversa. Se estremeció ante la idea de llevarlo a cabo.

¿De verdad tenía que hacer esto?

Sintió a Gossamer observando a su perfil. —Tengo que preguntar una vez más si está seguro —dijo ella—. Porque, verás, estás *eligiendo* estar encerrado dentro y sellarás la elección con tu sangre, la caja nunca te dejará salir. Nadie puede salvarte. Estás firmando tu eternidad por Ivory, una reina a quien ni siquiera conoces.

Jeb tragó el nudo de su garganta. —No. Estoy *intercambiando* mi eternidad *por* la de Al.

Gossamer sonrió tiernamente. —Una vez vi en sueños tu miedo de no ser lo suficientemente bueno para la chica. Después de tal sacrificio, nadie podrá cuestionar tu valía como hombre, o tu amor por ella. —Lo besó en la mejilla, dejando que el calor corriera por su corazón, y se las arregló para fundir una pequeña porción del terror helado allí. Gossamer le entregó un pincel y se echó hacia atrás—. Ahora, usa el poder que solo tú puedes ejercer. Pinta las rosas con tu sangre.

Un mareo se precipitó sobre él. Murmuró sin sentido... cosas terribles... agonizantes palabras que sabía que serían sus últimas. Luego canalizó toda la ira, el terror y el anhelo de un futuro que nunca tendría en el movimiento y el dominio del pincel. Tiñó cada nivea flor de color rojo hasta que se perdió dentro de las sombras de su trabajo, y se convirtió en uno con su obra maestra.



## 5

*La Resolución de Polilla**Traducido por florbarbero**Corregido por Aimetz*

La escena se estiró y se hizo borrosa cuando Morfeo salió de los recuerdos de Jebediah y se acomodó de nuevo en el diván. La oscuridad pesaba fuertemente en la habitación, sin embargo, no se movió para encender la lámpara. El entorno negro parecía satisfacer los pensamientos turbios de su cabeza.

Se pasó un dedo a lo largo del muslo, trazando las arrugas de la tela de raya diplomática y alisándolas.

¿Por qué se sentía tan fuera de sí? Había encontrado exactamente lo que había esperado encontrar. Las debilidades de Jebediah habían estado allí: una rabia que hacía que fácilmente pudiera ser engatusado y manipulado, un sentido de inutilidad alimentado por un padre violento y crítico, unos celos que provocaban una actitud protectora temeraria, incluso a costa de su propia vida.

Sin embargo, lo que no había esperado descubrir Morfeo era lo similares que él y el chico eran. Los demonios del pasado atormentado de Jebediah no eran diferentes a los suyos. A menudo se había encontrado a sí mismo celoso de los seres humanos... ya que nunca había tenido un padre o la ternura de una madre. También sentía el mismo temor de que nunca podría sentir completamente la confianza y el afecto de los demás, basado simplemente en su lugar en el mundo.

Aunque en el pasado Morfeo nunca lo había considerado como una cosa mala. Había disfrutado de ser un alma solitaria y autosuficiente. A veces era vanidoso, por supuesto, cuando convenía que fuera el centro de atención. Pero atención, afecto, confianza, no eran cosas que *necesitaba*. No hasta que Alyssa llegó. Cuando ella decidió ignorarlo, él no pudo funcionar... se sentía torpe e incompetente.

Y ahora, después de estar en los zapatos de Jebediah, Morfeo entendió más de lo que quería acerca de cómo funcionaba el lado humano de Alyssa. Aunque la mitad de ella tenía alas y podía flotar al más allá de

las triviales y mortales inseguridades, la otra mitad de estaba conectada a tierra y anhelaba lo que cualquier otro humano pudiera desear: tranquilidad y fiabilidad.

Después de haber visto el coraje, ingenio, y lealtad de Jebediah a Alyssa de primera mano, Morfeo sabía, sin ninguna duda, que eso era exactamente lo que le ofrecía el chico: una red de seguridad emocional que evitaría siempre que cayera demasiado fuerte.

No era de extrañar que estuviera tan cautivada por él. No era de extrañar que la mantuviera como su esclava. Infiernos, el mismo Morfeo estaba fascinado morbosamente por los rasgos honorables del chico, inusuales en un ser humano tan dañado. Morfeo tuvo la tentación de dar un paso atrás y dejar que Jebediah tuviera su momento de felicidad. Incluso algunos podrían decir que había ganado, por estar dispuesto a renunciar a su futuro, a sus recuerdos, a su vida, por Alyssa.

Morfeo gruñó y cayó hacia delante, con las manos apretadas, tratando de aligerar el peso desconocido que sentía en su pecho. No era como si el chico estaría ahí para siempre. Era mortal. Algún día iba a morir de viejo, por lo menos, y Alyssa sería un juego limpio, otra vez.

*Juego limpio.*

La mandíbula de Morfeo se apretó. El romance no era limpio. Tampoco era un juego. Era la guerra. Y, como en cualquier otro campo de batalla, la compasión y la misericordia no tenían lugar.

El escarabajo de alfombra había tenido razón. Las emociones humanas eran cosas impredecibles y potentes. Se habían metido en la cabeza de Morfeo, debilitando su resolución.

Con los codos sobre las rodillas, se llevó las palmas de las manos hacia arriba, haciendo imposible ver su silueta en la oscuridad. Conjuró una pequeña cuerda mágica, recolectando con las puntas de los dedos bolas eléctricas de plasma del tamaño de guisantes, luego envió las esferas a todos los rincones de la habitación, desparramando relámpagos azules, como electricidad estática. Subieron las paredes antes de reunirse y tomar la forma de una mujer. La luz pulsaba hipnóticamente.

Imaginando a Jebediah con Alyssa, mostrándole los caminos del amor, domando su espíritu salvaje con sus convenciones humanas comunes, la garganta de Morfeo se llenó con el amargo sabor de la envidia. No quería que el lado salvaje de ella fuera sometido por ningún otro hombre, no quería compartir ninguna parte de ella. Quería ambos lados: su inocencia y su espíritu desafiante.

¿Dónde estaba la emoción en la fiabilidad? ¿Dónde estaba la espontaneidad en un mundo predecible? Él podía ofrecerle una eternidad de retos y pasión, de momentos de tranquilidad, de tiernos momentos robados en las profundidades de las llamas desenfrenadas y devastadoras

tormentas; tranquilidad en medio del caos.

Ella debía estar con él, luciendo vestimentas de la realeza. Tenía mucho que enseñarle sobre el reino del Inframundo, acerca de las glorias de la manipulación y la locura. Si alimentaba su lado oscuro, como el de los habitantes del Inframundo, sus inseguridades humanas e inhibiciones se desvanecerían y, con el tiempo, desaparecerían por completo. Ya no anhelaría el amor de Jebediah.

Morfeo llamó a su magia de regreso, enrollando los espirales de luz azul hasta que estuvo rodeado por la oscuridad una vez más. Sus alas barrieron el piso mientras se levantaba. Las levantó tan alto que casi tocaban el techo.

No más deliberaciones. Había intentado hacer lo *correcto* en otros casos anteriormente, y siempre, sin falta, el pasado había vuelto para perseguirlo. Reprimió una punzada de culpa en su pecho, pero no podía renunciar a sus necesidades por las de Jebediah. Él nunca sería el mismo sin Alyssa a su lado, era la llama de su polilla. No se detendría hasta que ella estuviera de nuevo donde pertenecía, en el País de las Maravillas.

Para ganar, lucharía sucio, obtendría como trofeo el corazón de ella fuera como fuera, no importa lo que le costara al muchacho mortal. Era como actuaban los habitantes del Inframundo, después de todo. Hacer menos haría humano a Morfeo. Y sabía, ahora más que nunca, que esa era la última cosa que quería ser.

# Fin



# Sobre el autor



A.G. Howard escribió *Splintered* mientras trabajaba en la biblioteca de una escuela. Siempre se preguntó que habrá pasado si Alicia hubiera crecido y el escalofrío sutil de *Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* hubiera sido el centro de su historia, y espera que su oscuro y vibrante tributo a Carroll inspirará a los lectores a buscar esas historias que a ella le ganaron su corazón cuando era niña.

Vive en Amarillo, Texas.

Traducido, Corregido y  
Diseñado en:



40

---

<http://www.librosdelcielo.net/forum>